

LA GESTA DEL MARINO JOSÉ ANTONIO CASTRO

El glorioso destructor español "José Luis Díez" iba a Gibraltar; y en Gibraltar está después de haber hecho huir al "Cervera" y a pesar de la "terrible" flota italofranquista

UN MARINO PARA LA HISTORIA

Tenemos que dejar grabado en nuestro cerebro el nombre glorioso de José Antonio Castro. Como quedan a través de los años los nombres de Gravina y de Churrucá... Y de Nelson.

El comandante Castro, el héroe del «José Luis Díez», lo fué antes del «Ciscar», la famosa embarcación cuya gloria va unida a la gloria de la lucha en el Norte. El «Ciscar», mandado por Castro, era el «amo» del Cantábrico, el guerrillero de aquellas aguas crepusculares y magníficas. San Sebastián, Pasajes, Santander, Bilbao y el Musel conocen bien la silueta del «Ciscar», que no dudaba atacar al «España», al «Cervera» o al «Velasco», que convoyó barcos de víveres y municiones, y que ahuyentaba con sus cañones anti-aéreos a la aviación italiana.

Al hundirse el «Ciscar», el joven marino Castro pareció enmudecer con las baterías del barco. Pero el eclipse del continuador de la tradición gloriosa de nuestra Marina de guerra duró poco.

Tan poco como necesitó la República para pedir un nuevo sacrificio a sus hombres de mar. Y el sacrificio fué comandar el «José Luis Díez» y llevarlo a través del fuego enemigo por la ruta de la gloria y de la inmortalidad. En este mismo momento reapareció la figura recta de Juan Antonio Castro.

Y como un elegido de los dioses, izó galardetes de victoria con los colores de la República ondeando al viento. Y así, triunfador, entró en la rada de Gibraltar, entre la emoción viva de los marinos expertos de la alta Albión.

Una decisión y un propósito

La portentosa hazaña realizada por el destructor de la flota republicana «José Luis Díez», ha producido en los medios nacionales e internacionales una admiración inusitada. Entre nosotros el hecho, uno más a añadir a los muchos que llevan realizados los bravos luchadores de nuestros ejércitos de aire, mar y tierra, abre nuevos horizontes a la seguridad de nuestro triunfo y alianza más y más la fe que siempre hemos tenido en el valor, la pericia y la lealtad de los hombres que se batían por la República. Para fuera, la epopeya del «José Luis Díez» es una prueba palpable del espíritu que anima a los soldados de la España leal, dispuestos ahora y siempre a batirse, atacar y resistir, sea cual fuere la calidad y el número de sus enemigos, hasta el triunfo, porque ésta es la consigna que en la mente y en los corazones de todos los antifascistas se ha grabado al calor de esta lucha tenaz por la libertad y la independencia de la patria.

Que vean y entiendan todos los que miran y escuchan. La heroica hazaña del «José Luis Díez», se repite, se repetirá un día y otro día en los aires, sobre la tierra y en las aguas, como exponente claro de nuestra decisión de vencer y de nuestros propósitos de seguir la contienda hasta el logro de esta justa y humana aspiración.

Nuevos detalles del glorioso hecho de armas

Hasta nosotros llegan nuevos e interesantes detalles del combate sostenido por el destructor «José Luis Díez» con varias unidades de guerra faciosas en aguas de Gibraltar, durante la madrugada del 26 al 27 del presente mes. Nuestro buque había salido de El Havre días antes, después de reparar averías, y navegaba rumbo a España, para incorporarse a su base. Durante su permanencia en el puerto francés los agentes del traidor Franco, utilizando toda clase de recursos, habían intentado sobornar a la tripulación del destructor. Dinero, honores, cuanto pudiera desear el hombre más ambicioso se ofreció a los marinos republicanos. Pero éstos, fieles a su palabra y a sus convicciones lo rechazaron todo, y cumpliendo las órdenes del alto mando, zarparon un día... Pero el espionaje, esa tupidada red de espionaje que alemanes e italianos han tendido en Francia al servicio de Franco, dió el aviso, y los buques faciosos pusieron al acecho en espera del destructor, que, sólo, sin más defensas que las suyas propias, sería — así pensaban los piratas — una presa fácil.

Y, como siempre, fallaron los cálculos del mando facioso.

Dos «bous» armados a pique

Navegando a lo largo de las costas portuguesas, el «José Luis Díez» tuvo el primer encuentro con el enemigo. Eran dos «bous» armados, que a modo de ojeadores, habían salido a levantar la pieza. Una breve lucha y dos tantos a favor del buque republicano. Los dos «bous» se hundieron rápidamente bajo el fuego certero de los cañones leales, mientras las tripulaciones faciosas eran recogidas y puestas a salvo por nuestros marinos.

Forzando el bloqueo

A la entrada del estrecho de Gibraltar los faciosos habían establecido su bloqueo. El «Cervera», el «Canarias», los destructores «Aguila» y «Falcon» — vendidos o cedidos por Italia a los faciosos — el «Huesca» y el «Teruel» — de la misma procedencia —, juntamente con el «Navarra», buque artillado y reconstruido por los alemanes, montaban la guardia. Una guardia cerrada, estrecha, que oponía un muro erizado de cañones al buque leal que navegaba rumbo a su destino.

Pero el comandante del «José Luis Díez»,

CUADRO DE HONOR

Los hombres del «José Luis Díez»

La tripulación del «José Luis Díez», es la siguiente, cuyos nombres queremos destacar para orgullo de la República:

Comandante, don Juan Antonio Castro Izaguirre; segundo comandante, don Rafael Menchaca Ugalde; comisario, don Bernardo Simó Cruaños; comisario médico, don Manuel de la Loma Fernández; comisario maquinista, don Alfonso García Martínez; teniente maquinista, don Nicanor Lanoa Cusi; oficial primero torpedista, don Marcelino Solana Crevillén; teniente de navío, don Juan González Villalba; oficial primero de oficinas, don José Melía García; oficial segundo torpedista, don José Sánchez Segado; auxiliar de Sanidad, don Eduardo Díaz Penelas; teniente maquinista, don Vicente Gallo del Villar; teniente de navío, don Manuel Azcune Vidaurríguez; tenientes maquinistas, don José Fernández Mulero, don Antonio Aguilar García y don Damián Lérica Fornell; auxiliar naval, don José Ruzo Grimaldos; auxiliares de máquinas don José Pérez García, don Guillermo Mera Cid, don José Sampedro Sáez y don Juan María Aguilar García; cabo de corbeta R. N., don Esteban Hernández Zubiaga; auxiliar de máquinas, don Emilio Chapela Cordeiro; auxiliar alférez de máquinas, don Juan Valero Parades; auxiliar alférez de radio, don Rafael, Torres Toimil; auxiliares alféreces de artillería, don Vicente Mendiola Sahagún y don Florentino Totorica Mayo; auxiliar alférez naval, don Ernesto Felpeto Bustabad; auxiliares alféreces de artillería, don Gerardo Rico López y don Miguel Barber Serra; auxiliar alférez electricista, don Arsenio Couceiro Vidal; auxiliares alféreces navales, don Tomás García Rodríguez y don Manuel Morado Nieto; auxiliares alféreces de artillería, don Antonio Nuñez Lemifa, don Francisco Casal Castro, don Manuel García Cabrillo, don Ramón López Díaz y don Francisco López Rico; auxiliares alféreces navales, don Francisco Barrios Esteban y don Manuel Zayas López.

Auxiliares alféreces de artillería, don Antonio Fernández Femenías y don Arturo Sardiña Picos; auxiliar alférez naval, don Agustín Doce Santiago; auxiliar alférez de artillería, don Carlos Gorostiza Burgoa; auxiliar alférez naval, don José Baspino Dávila; auxiliares alféreces de artillería, don Manuel Bermúdez Barbeito y don José Lago Prieto; auxiliar alférez naval, don Javier González Gómez; auxiliar alférez de artillería, don José López Moreno; cabos de marinería, Manuel Rosales Estevez, Eugenio Hernando Santos, Andrés Boado López, Eugenio Vázquez Peribañez y Adriano Cela Vigo; cabo de artillería, Francisco Celadrá García; mayordomo, Ramón Rodríguez Gomez; cabos de artillería, Diego Soriano Rodríguez y Manuel Conesa Pérez; cabo de oficinas, Augusto Lliaga Gisbert; cabos de marinería, José Peón Iglesias, Francisco Palmeiro Chao; cabos de artillería, Angel Valero López, Juan Moreda Bispo; cabos de radio, Enrique Font Valcего y Gregorio Martínez Peláez; cabos de artillería Salvador Galindo Ruso y Salvador Ambrosia Veijes; cabos torpedistas, Ramón Soro Ribas, Joaquín Borrás Fabregat y Enrique Garzaiz Zabala; cabos electricistas, Rafael Franco Velasco y Antonio Carrón Fresneda; cabo torpedista, Tomás Cortázar Rodríguez; cabo enfermero, José Meseguer Zaragoza; cabo electricista, José Fernández Marín; cabo de marinería, José Cánovas Turpin; marino de primera, Simón Cervera Nicolau.

Marineros: Francisco Llambrih Garrigó, Angel Arruti Calonge, Víctor Iraola Echevarría, Eugenio Menéndez Brea, Arturo Ribó Iglesias, Salvador Pascual Alberich, Juan Martín Callao, Ignacio Vicente Gutiérrez, José Losada Losada, Mariano Sierra Gómez, Manuel Piñeiro López, Francisco García Reyes, José Freire Novo, Juan Bravo Amado, Andrés Isla Sabater, Eliseo Beral Martí, Francisco Solé Grau, Francisco Barbeta Miralles, Daniel Iglesias Araña.

Marinero barbero, Marcial Merino Aramburu. Marineros: José Iglesias García, Miguel López García, José Solé Vallvé, Benito Del Valle, Antonio Lluvia Aguilar, Pascual Cedrón Bauda, Juan Sánchez Pelegrí, Tomás González Cordero, Augusto Rodríguez Maceda, Martí F. Gutiérrez Alcalá, Manuel Comino Pérez, Gabriel Paredes Mira, Hipólito Pardo Agra, Celestino Gumán Abelenda, Saturnino Espinal Ayerra, Blas Alós Pascual, Manuel Ruiz Rodríguez, José Boó González, Leopoldo Bouveta Gil, Angel Segura Serrano, Alejo Roca Carbonell.

Marinero carpintero, Juan López Varela; marineros, José Martín Callejón, Andrés Molina Vivanco, José Aguilón Torrado, Daniel López Cano, Rogelio Cortizo Cádiz, Antonio Cabrera Molina, José Osoro Olalzoza, Manuel Cid Nieto, Juan Vázquez Rodríguez, José Suau Pérez, Pedro Canal Gibet, José García Company, Manuel Lobeira Rodríguez, Joaquín Cristóbal Martín, Manuel Godoy Malvarez, Pedro Talón Muñoz; marinero carpintero, Ernesto Vázquez Fernández; marineros, Juan Corral Couceiro, Manuel Ceda Bohórquez, Servando García Fernández, Manuel Lestido Vicente, Ramón Martí Botella.

Cabos fogoneros, Rogelio Vivanco Fuentes, Ginés Valera Martínez, Miguel Arnaldo Rodríguez; fogoneros preferentes, Antonio Jacobo Andreu, Adolfo Messeguer Pérez, Francisco López Egea, Antonio Navarro García, Pedro Viñalás Rubio, Pedro Rodríguez Caparrós, José Riveira Bouzas, Angel Amado Pérez, Vidal Pintado, Ginés Martínez Perales, Aurelio Fernández Osete y Ramón Burghina Cortes; marineros preferentes, Manuel Fernández Meira, Agustín Rebón Rebón, José Bravo Collazo, Patricio Triviño Eस्पuche y Juan Martínez López.

Fogonero preferente, Manuel González Maneiro; marinero fogonero, Felipe Lestón Romero; fogonero preferente, Joaquín Lorca Martínez; marineros fogoneros, Antonio López Rey, Juan Oreña Sánchez; marinero armero, Juan Ferrer Gil; marinero, Joaquín Andreu Ayerich; cabo fogonero Baltasar Sánchez Huerta, auxiliar alférez de artillería, don José Losada Iglesias; marinero, Felipe Fernández Urrupía; fogonero preferente José Fandiño Incógnito; capitán maquinista, don Ginés Hernández García; marineros Ginés García Gallardo y Francisco González Rodrigo; auxiliar alférez de máquinas don Joaquín Campillo Fernández; auxiliar alférez de artillería, don Teodoro Paz Seoane; fogoneros preferentes, José Seijido Santiago, Lorenzo Robles Asensio; marinero fogonero, Justo Artiach Tellería; fogonero preferente, Antonio Inglés García; oficial segundo de electricidad, don Juan Bautista Morales Martínez; fogonero preferente, Rogelio Quiñonero Muñoz; marinero fogonero, Pedro Lete Correa; cabo torpedista, Fernando Hermida Rodríguez; marinero dispensa, Aquilino Vázquez Basoa; fogoneros preferentes, Pedro Agüera Pagán y Ginés Sánchez Rufette; marinero de primera, Antonio López Oliveros; fogonero preferente, Domingo Martínez Ruiz.

Juan Antonio Castro, hombre joven, cadete de Marina hace dos años, es un navegante experto y un marino valiente, y ora con una hábil maniobra, ora con un gesto de indecible audacia, logró burlar la estrecha vigilancia de los dogos y rompió el bloqueo, enfilando la proa de su buque por las aguas de Gibraltar.

El choque. - Una batalla terrible

Se había roto la línea. Pero al instante comenzó la persecución. Los mandos de los buques piratas, rabiosos por el fracaso, forzaron las máquinas y avisaron a las unidades que podían estar más próximas para que atacasen al burlador. El «Falcon» hizo varios disparos contra el «José Luis Díez», sin resultado práctico, y el «Canarias», que se había situado a estribor del buque leal, descargó sus cañones del 20".

El «José Luis Díez» respondió a los ataques bravamente. Los demás buques piratas atacaron también, y el buque español fué tocado en el costado de babor. Por fortuna la avería no era grave y el destructor podía continuar el combate.

Se disparaba con furia. Las andanadas se sucedían sin interrupción. El ambiente estaba cargado de estampidos y de humo de pólvora... y el «José Luis Díez», sólo, acosado por sus siete enemigos, se batía con denuedo. Las baterías de Ceuta colaboraban también en el ataque.

El abordaje del «Canarias»

Había que jugarse el todo por el todo, y el comandante del «José Luis Díez» se lo jugó.

El «Canarias», que era el buque más próximo, ofrecía un blanco magnífico para abordarlo. Y sobre él se fué el «José Luis Díez», dispuestos sus hombres a librar uno de aquellos terribles combates de que nos habla la historia de la guerra en el mar.

— ¡Al abordaje! ¡Al abordaje! — gritaban nuestros marinos, preparando sus armas.

Pero la gran epopeya no llegó a realizarse. El «Canarias», cobarde como siempre, ante la inminencia de la lucha que iba a verse obligado a sostener, viró en redondo y escapó de la zona de ataque del buque español.

Gibraltar, puerto de escala

Alejado el «Canarias», los otros buques, menos poderosos que él, iniciaron el repliegue, y entonces, el «José Luis Díez», desembarazado del fiero acoso, pudo proseguir su ruta, enfilando hacia el puerto de Gibraltar, punto donde debía rendir aquella etapa de su accidentado viaje.

En su ruta estaba marcado este puerto como lugar de escala, y en él entraba, triunfador, después de dos horas de sin igual combate.

Las averías sufridas

Las averías sufridas por el destructor republicano no son considerables y dentro de poco estarán reparadas. Pueden reducirse a ciertos daños en las cuadernas de la estructura de proa y a la inutilización de uno de los tanques de combustibles líquido.

A su ordo hubo un muerto y doce heridos, a más de cinco marineros desaparecidos.

Veinte prisioneros muertos

El mayor número de bajas se cuenta entre los prisioneros. Iban éstos en el sollado de fogoneros, a proa, y fué allí donde el proyectil estalló con toda su potencia. Perecieron veinte prisioneros y desaparecieron otros cuatro.

El comportamiento de la tripulación

La hazaña realizada por el «José Luis Díez» ha sido posible, aparte la pericia de su comandante, por la disciplina, elevada moral y gran heroísmo de todos sus tripulantes, quienes como un solo hombre, sin un momento de vacilación ni de flaqueza, conscientes de la gran misión que cumplían, respondieron a las voces de mando de sus jefes y se batieron como cumple a los hijos de un pueblo que tiene en su historia naval una larga lista de hechos gloriosos, semejantes al que ellos han realizado.

Junto al muelle

Quando el «José Luis Díez» amarró junto al muelle del Almirantazgo, los funcionarios del Consulado español saltaron a bordo y felicitaron a la dotación. Las autoridades marítimas del puerto los saludaron con un profundo respeto, hijo de la admiración que el hecho realizado por aquel puñado de héroes les había producido.

Marinos también, valerosos y expertos como ellos, podían calibrar como nadie la hazaña de los bravos soldados de la República, hazaña que queda escrita para siempre en los anales de la Historia de España y en las páginas de esta cruenta guerra que el pueblo sostiene por su libertad e independencia.

EL DESIGUAL COMBATE

Por los datos conocidos hasta ahora se sabe que el desigual combate librado en el Estrecho de Gibraltar, el «José Luis Díez» hizo frente a cinco barcos de guerra (el «Almirante Cervera», el «Canarias», el «Velasco» y los torpederos italianos «Aguila» y «Fano»); 26.180 toneladas contra 1.536 y 2.188 tripulantes contra 175.

La superioridad de la artillería enemiga era verdaderamente aplastante:

8 piezas de 203 mm. contra ninguna.

17 » » 162 » » » »

8 » » 120 » » » » 5.

7 » » 102 » » » »

Total: 40 piezas de los faciosos contra cinco de la dotación republicana. Desde el punto de vista de la artillería, 180 unidades contra 10 y aun estas 180 unidades estaban reforzadas por las baterías pesadas de los alemanes, emplazadas en la costa matroquí.

Los oficiales alemanes que mandan los barcos rebeldes, no tienen, en verdad, por qué vanagloriarse de esta batalla.

LA PRENSA EXTRANJERA Y LA HAZAÑA DEL «JOSE LUIS DIEZ»

La Prensa inglesa comenta con elogio la hazaña del comandante Castro, a la que pone apostillas laudatorias. Las informaciones, tanto gráficas como de amplios relatos, ocupan mucho espacio en los periódicos británicos.

Los periódicos franceses también destacan lo ocurrido con el «José Luis Díez».

UN COMISARIO HIJO DEL PUEBLO

A fuerza de obstinación ideológica, están cambiando los nombres de la República la idiosincrasia tóxica del héroe.

Ya no es lo imprevisto, coronado por la suerte, aquello que glorifica a los defensores de la independencia de España.

Ya no es una circunstancia fortuita lo que se aprovecha para encumbrar a un hombre a la categoría de símbolo ejemplar, barnizado por el elogio organizado.

Este Bernardo Simó, panadero sin trabajo, de Cullera, llegado a comisario político de la gloriosa marina republicana, consigue exaltar la calidad moral de su valor heroico acosando al peligro, buscándolo con ahinco, para galvanizar en él la perseverancia sublime de su ciudadanía.

Ahora venía Bernardo Simó desde un puerto francés, donde dejó todos los asechanzas tentadoras, incapaces de vencer la solidez de una ética dura, forjada en la injusticia y en la persecución, a prueba de hambre y sed de todo, a confirmar, de cara a la muerte, el galardón de su mayor orgullo, el nombramiento definitivo de comisario político de destructor que se le había conferido interinamente.

Todas las escuadras del mundo reunidas, no hubieran logrado amilanar la fe, honestamente ambiciosa, de este hombre que supo lejos del peligro, donde todos los halagos y todas las pérdidas se conjuraban en contra de su labor específica de comisario, preservar la lealtad de ciento noventa y tantos tripulantes del «José Luis Díez» y mantenerla intangible y entusiasta con rumbo a un peligro conocido y anunciado, contra una superioridad enemiga vocada, con auspicios prematuros de victoria, que esta vez, como en Madrid y en el Ebro, se ha visto defraudada por el valor insólito de nuestros heroicos combatientes.

Con ese estoico desprecio de la crueldad ajena y de la superioridad material del enemigo, comprada con la hipoteca de la patria, se ha logrado que los marinos españoles sean acogidos en Gibraltar con admirado respeto por los súbditos del imperio de los mares. Bernardo Simó es todo un hombre, un héroe porque ha querido serlo, y un socialista.